

JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ: LIBERAL CATÓLICO



*Edgar Iván Espinosa Martínez**

* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Recepción: 10 de febrero / Aceptación: 16 de junio

Resumen

José Eleuterio González (1813-1888) fue educador, médico e historiador. Se estudia aquí la relevancia de su obra en dos aspectos principales: por un lado, como actividad intelectual desarrollada en una región del territorio nacional (noreste mexicano); por otro, como un intento de armonizar dos tendencias de pensamiento. Lo anterior, en un momento en que se definía la constitución y el futuro del Estado moderno. Su obra y sus ideas son un intento de sacralización cívica, donde lo mundano (progreso, modernidad, ciencia) y lo sagrado (ética cristiana y moral laica) se complementan.

Palabras clave

José Eleuterio González; Monterrey, Nuevo León; siglo XIX; liberales; católicos; educación; medicina; historia.

Abstract

José Eleuterio González was an educator, doctor and historian. The relevance of his work is studied here in two main aspects: on the one hand, as an intellectual activity rooted in a region of the national territory (northeastern Mexico); on the other, as an attempt to harmonize two trends of thought. This, at a time when the constitution and the future of the modern state were being defined. His work and his ideas resulted in an attempt of civic sacralization, where the mundane (progress, modernity, science) and the sacred (Christian ethics and moral) complement each other.

Keywords

Jose Eleuterio Gonzalez; Monterrey, Nuevo Leon; 19th Century; liberals; catholics, education; medicine; history.

La peculiar actividad científica es meritoria, es humana, pero no es total; en la intensidad de la aplicación científica decaen otras relaciones y funciones igualmente humanas y estimables. El ánimo se mueve en el científico parcialmente y de un sólo lado; mil fuentes de gozos legítimos quedan entretanto cerradas para él. Por esto, el científico necesita rehacer sus fuerzas con el comercio social, en la intimidad de la familia, en la amistad, en la religión, para no empobrecer su ánimo, ni enfriar el amor de la vida, mientras acumula tesoros de conocimiento.

Julián Sanz del Río
Ideal de la humanidad

1. Una versión preliminar del presente artículo fue leída en el seminario «Historia y religiosidad en el noreste», organizado por El Colegio de la Frontera Norte, en diciembre de 2008.

PRESENTAR A JOSÉ ELEUTERIO GONZÁLEZ (1813-1888) –prócer de la actividad científica y académica en Nuevo León y cuya obra abarca distintos rubros– como liberal y católico resultaría en primera instancia paradójico y contradictorio.¹ Y es que la tensión entre dichos modelos de pensamiento y acción fue, en el transcurso del siglo XIX mexicano, causa de desencuentros y confrontaciones entre facciones y grupos política e intelectualmente activos. Podría decirse que aquellos hombres «se mataron por sus ideas» al ser incapaces, en ocasiones, de conciliarlas. Pese a tales diferencias, que acabaron incluso en guerras civiles, a lo largo de dicha centuria hubo también hombres públicos que desde el posicionamiento liberal adoptaron una postura *moderada*, cuyo objetivo era ordenar a la sociedad en un Estado laico.

En nuestros días, apelar a la tolerancia, destacar la diversidad u optar por el eclecticismo son signos característicos de las sociedades democráticas. Sin embargo, durante la época en la cual el personaje aludido desarrolló su quehacer, sucedieron los más importantes retos vitales para México. Sobreponerse a invasiones y derrotas, a luchas intestinas y a una economía estancada, resultaron ser

experiencias generacionales que derivaron en tomas de posición político-ideológica sin término medio: o se acababa con las estructuras heredadas del virreinato (liberales) o se permanecía ligado a las formas organizativas del antiguo régimen (conservadores). Ahora sabemos que en la experiencia mexicana de esa época, el conservadurismo se generó dentro de la tendencia liberal; si bien unos y otros compartieron metas y objetivos generales (configurar el Estado mexicano), en ese gran movimiento hubo segmentos que –ante la radicalidad de sus pares– optaron por mantener lazos con formas tradicionales de organización (Morales y Fowler 2002, 49–73). Así, al mediar el siglo se gestaron y articularon distintas propuestas político-ideológicas que estudios recientes consideran parte de la gran gama de *liberalismos mexicanos* (Pani 2001, 107 y ss). Dichas tensiones derivaron en orientaciones intolerantes ante la falta de coherencia o compromiso (en otras palabras, no había lugar para la conciliación).

Es a la luz de tales condiciones que se pretende distinguir la acción del médico José Eleuterio González. Asimismo, es necesario advertir que no se trató del único caso, ya que en otros personajes de la época se encuentra también una posición *moderada* (Mariano Otero, Manuel Payno, José María Vigil). En tal sentido, aspectos relativos a la religiosidad católica y los valores emanados de dicha postura, permanecieron en las ideas y en el actuar de destacados ilustrados que abonaron a la estabilidad de la nación.

Planteamos así retratar a un hombre que políticamente se identificó con el liberalismo, sin abandonar sus valores ni fe católica. Para lo anterior, tomaremos como base parte de su obra (en particular en tres planos: como educador, como médico y como historiador), la cual nos llega como un objeto arqueológico que representa un vestigio de una época extinta.

I

Por principio, es necesario ubicar a José Eleuterio González en su situación generacional. Fue un *ilustrado* y parte de la élite que conformaron profesionistas cuyo quehacer público abarcó distintos rubros: el académico, el político, el intelectual y el científico. Si bien tal concepto hace alusión al pensamiento europeo del siglo XVIII, sus ecos llegaron y se arraigaron en México en la siguiente



José Eleuterio González

centuria.² En ese ambiente, aspectos como el raciocinio o la ciencia permanecieron presentes en los postulados de esas generaciones de eruditos. Puede decirse, entonces, que el impacto de dicho movimiento irradia en la élite intelectual mexicana durante el siglo XIX.³

Si se considera la propuesta generacional de Luis González y González –basada en la premisa del filósofo español José Ortega y Gasset, según la cual aproximadamente cada quince años aparecen *minorías rectoras* que encauzan el rumbo de la vida de una nación–, José Eleuterio González formaría parte de lo que el historiador michoacano concibe como la *pléyade de la Reforma*. Es decir, se encuentra entre aquel puñado de quienes la historiografía considera como próceres y notables que vieron la luz entre 1806 –con Juárez como decano– y 1820 (González 1997, 17--32).

Se trató de una élite en el sentido más estricto del término, de un grupo cuya condición de clase le permitió tener una vida con ciertas ventajas: la gran mayoría de ellos nació en entornos urbanos;

2. Si bien las ideas ilustradas permearon la etapa tardía novohispana (por ejemplo, los proyectos transformadores en torno a las Reformas Borbónicas o el pensamiento de Francisco Xavier Clavigero), su influjo permaneció con fuerza aun después de la Independencia. Generaciones enteras de hombres se dijeron herederos de ese movimiento, un siglo después de haber irrumpido. Como referencia, baste mencionar los diez volúmenes del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* [1853-56], monumental diagnóstico con carácter enciclopédico de la condición que guardaba México tras la invasión del ejército estadounidense.

3. *Idem*. Erika Pani señala que la «clase política» y los «hombres públicos» del siglo XIX en México fueron «herederos de la Ilustración y de las revoluciones atlánticas». Y una constante en dicho proceso fue «tratar de asimilar, amoldar y depurar» dicho legado ideológico. En el terreno de las ideas, aquellos ilustrados –entre los cuales se encuentra nuestro personaje– crearon a partir de ese influjo una postura intelectual y académica propia, adaptada a la sociedad mexicana de la época.

desde un punto de vista étnico, pertenecieron a una *minoría blanca*; su instrucción los orientó a oficios como el sacerdocio, la política, el quehacer cultural, la vida castrense o la ciencia médica, con lo cual, necesariamente, se infiere que fueron individuos con acceso a algún tipo de educación (González 1997, 17--32).

Dicha noción implica ver y considerar a los ochenta personajes señalados en *La ronda de las generaciones*, en un campo de acción múltiple que les hacía albergar distintas preocupaciones y anhelos. Como parte de este grupo gestor e impulsor de *mudanzas históricas* e inspirados en un romanticismo de carácter nacionalista y patriota, aspectos como el artístico, el literario y científico fueron utilizados como arma política e ideológica, pero también para dejar constancia de los cambios que sufría el país y las regiones que lo integraban.

En el mismo sentido, pero centrando sus argumentos en las ideas y el pensamiento, Charles Hale advierte que esos *liberales mexicanos* elaboraron y difundieron intelectualmente la Reforma. Para el historiador estadounidense, ilustrados como Otero, Arriaga, Lerdo de Tejada, Ocampo, Ramírez y Prieto, nacidos entre los años 1810 y 1820 —ejerciendo por lo general una profesión liberal como la abogacía—, conformaron la *generación intelectual de la Reforma* (Hale 2002, 22). Un par de aspectos destacan entre los miembros de dicha generación: creer en el devenir histórico como modo de explicación de los sucesos, y en un Estado rector para tener una sociedad estable. Por tanto, aspiraciones como la secularización y el Estado laico tendrán su culminación en un proyecto liberal y republicano. Lo que resulta útil para este trabajo es encontrar esos elementos y preocupaciones propiamente liberales en el pensamiento y acción del doctor González.

La situación de México en las décadas posteriores a su Independencia fue de caos y descalabros, y muchos de los ilustrados que a partir de 1860 figuraron como parte de las cúpulas política e intelectual del país, se habían forjado en esas experiencias de crisis. Quienes integraban dicha generación traían consigo un temperamento configurado a la par de los procesos suscitados prácticamente desde el principio de aquella centuria, comenzando por los intentos de crear una nación autónoma. Así, cuando el vasto virreinato de Nueva España estaba por cumplir trescientos años, irrumpe una revolución, una lucha intestina en donde cada

facción contaba con intereses propios. De la guerra de Independencia surgió una nueva nación, en principio como imperio y después con aspiración republicana y espíritu federalista, que se mantendría entre disputas partidarias prolongadas.

Varias eran las aristas que delinearón dicho proceso: un territorio amplio, una compleja y heterogénea geografía, vías de comunicación terrestre precarias y una población concentrada en la parte central del país, incidieron en el rumbo que tomó la revolución y en los escenarios en los cuales se desarrollaron los eventos más decisivos (Hamnett 1990, 68).⁴

Lugares donde la población era relativamente densa –la ciudad de México, el Bajío y la parte del occidente central–, resultaron de una importancia estratégica en la dinámica por romper los lazos con la metrópoli peninsular y proteger intereses de distintos grupos. La clase acomodada de un lugar como Guadalajara tendrá especial relevancia durante la gesta independentista, con una posición social y condición económica favorable, compuesta, entre otros, por militares, médicos, periodistas o abogados. Tanto en el ámbito de la lucha armada propiamente dicha como en el terreno de las ideas, la élite tapatía hará su aparición en el proceso de forma destacada. Asimismo, la población en la capital jalisciense tuvo un aumento entre 1813 y 1814 con una concentración que pasaba de 32 454 a 38 087 habitantes hacia 1821 (Anderson 1983, 45).

Como muchos nacidos durante las dos primeras décadas de aquella centuria, José Eleuterio González Mendoza se verá afectado por la impronta revolucionaria. Nació en Guadalajara el 20 de febrero de 1813; sus padres fueron el capitán de milicias Matías González Ruiz de Esparza –quien al año siguiente perdiera la vida en combate, durante la fase inicial del proceso independentista– y María Ana Mendoza Gómez. Un par de años antes el matrimonio había tenido una hija, a quien bautizaron como Josefa (1811-1860). No se trataba de una familia pobre o humilde; con el grado de capitán del progenitor y proveniente la madre de una familia cuyos individuos tuvieron acceso a la educación, son datos que nos permiten inferir la posición social y descendencia de ambos. Sin embargo, hay que advertir que tampoco se trataba de gente proveniente de familias con descollante riqueza.

En todo caso, el entorno familiar de Eleuterio González estaba formado por profesionistas, como el padre –militar– y un tío materno

4. Hamnett argumenta: En cada una de estas ciudades –Guanajuato, Querétaro, Guadalajara, Valladolid y Puebla– hubo una élite regional activa, de estratificación compleja, cuyos miembros solían tener puntos de vista diferentes a los de la élite central gobernante de la ciudad de México. Las regiones de insurgencia bien afianzadas y perdurables eran las situadas en lugares de difícil acceso, pero estratégicamente ubicadas junto a regiones densamente pobladas, con actividad económica intensa, con una amplia estratificación y, en general, con una etapa diferente de desarrollo cultural.

–abogado– quien por algún tiempo se hizo cargo de él. Además, si, como sabemos, la formación académica se encontraba limitada a un segmento de la población –ya sea por contar con suficientes recursos económicos o por tratarse de individuos aventajados–, es posible decir que la familia González Mendoza formaba parte de esa élite privilegiada. En 1830, siendo adolescente, se trasladó a San Luis Potosí, para después llegar a Monterrey en 1833 donde vivirá hasta su muerte, acaecida el 4 de abril de 1888.

Otros datos que dan cuenta del ambiente familiar y social de Eleuterio González es el relativo al parentesco político derivado de la unión entre su hermana y Félix Pérez-Maldonado (1808-1869), abogado y activo miembro del Partido Liberal. Siguiendo la información expuesta por Carlos Pérez-Maldonado, el hermano político del doctor González tuvo entre sus compañeros de batalla política e ideológica a Alamán, Carpio, Couto, Payno, Prieto y Ladrón de Guevara mientras era diputado en el Congreso de la Unión (Pérez-Maldonado 1963, 87). Fue en el año de 1863 cuando el médico y el abogado –ya viudo y acompañado por sus hijos Ismael y Soledad– se vuelven a encontrar en Monterrey.

Aquí se advierte la postura progresista que dichos personajes hacían respecto a las condiciones que todavía imperaban como resabios del *Antiguo Régimen* (clasificación étnica, desigualdad económica, ausencia de reconocimiento político). Tales posicionamientos sustentaban los intereses de sectores hasta entonces marginados (propietarios y comerciantes en pequeño, artesanos, textiles, mineros), quienes se inspiraban en el liberalismo que dominó la arena política e ideológica en México entre 1824 y 1855 (Brading 1997, 137). Algunos de los supuestos y aspiraciones de ese liberalismo (república federal democrática, instituciones representativas, sociedad secularizada, desarrollo de la libre empresa) seguirán presentes en las propuestas de los ilustrados señalados incluso durante la segunda mitad del siglo XIX.

Este fue el ámbito social, político e ideológico del cual formó parte Eleuterio González, y fue justo la suya una de las generaciones de hombres públicos que más se ocuparon e incidieron en el rumbo que el país tomó, cuyo objetivo era abonar por un Estado-nacional con cierta estabilidad y orden. El sustento de tales planteamientos era el liberalismo en su fase *estatista*, según el cual el individuo sólo podría ser libre dentro de los márgenes de la

máxima institución. José Eleuterio González perteneció a una de las generaciones que con su actividad coadyuvó a la tarea de crear un ambiente propicio para el desarrollo institucional del país. Ello se reflejaría en sus escritos, testimonio de lo que perseguía como testigo, y en ocasiones, protagonista de lo ocurrido en su época.

II

El movimiento liberal en México da cuenta de un proceso que no sólo abarcó aspectos políticos, sino también influyó en la esfera intelectual. En su forma constitucionalista, el liberalismo abogó por las libertades individuales y civiles, impuso límites a la autoridad gubernamental, fomentó las instituciones representativas, propuso la separación de poderes y retomó la añeja aspiración federalista. En dichas bases se encuentra, en palabras de Hale, el sustento del liberalismo después de 1867 como *mito político unificador*, lo cual también se percibe en las tomas de posición de los personajes de la época (Hale 2002, 15).

José Eleuterio González, al ejercer una profesión liberal como médico, fue partícipe de las nuevas formas de la vida pública configuradas al imponerse el liberalismo republicano en la segunda mitad del siglo XIX. En tales condiciones, el contexto político e ideológico que privó en los años de la República Restaurada (1867-1876), vio fraguar y consumir una recomposición y reacomodo dentro de la élite ilustrada. En dicha cúpula, que venía siendo dominada por los abogados al ocupar puestos clave en distintos gobiernos, la presencia y el actuar de los médicos poco a poco se fue imponiendo, tanto en número como en jerarquía, lo cual influyó en la toma de decisiones en el poder político y en la esfera pública. La figura que a nivel nacional encabezó el proceso, ya con carácter institucional, fue Gabino Barreda (1818-1881). Médico y educador, Barreda sistematizó las *doctrinas filosófico-pedagógicas* en la instrucción pública a partir de la ya referida restauración republicana. El *nuevo credo* del proyecto liberal, cuyo objetivo era estructurar e imponer un efectivo esquema normativo para la sociedad, quedó plasmado en la *Oración cívica* (Palti 2005, 329 y ss).⁵

En ese ambiente se desarrolló una actividad intelectual importante, inspirada en otras tendencias de pensamiento. Particular impacto tuvieron en el actuar de aquellos hombres los postulados

5. Barreda, poblano que participó en la guerra contra el ejército invasor estadounidense y que después tomó cursos con Comte en París, expuso dicha *Oración* en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867. Especial trascendencia tienen las reflexiones ahí presentadas, tanto en la propuesta de un nuevo plan de educación pública con el proyecto de la Escuela Nacional Preparatoria, como en su esfuerzo por exponer un método para el estudio de la historia con rigor científico.

6. Pérez Salas pone énfasis en el trabajo de literatos y litógrafos en publicaciones periódicas durante la primera mitad del siglo XIX, cuyo objetivo era conformar un «registro de tipos» en México. Dicho esfuerzo, tanto en lo gráfico como en la descripción literaria, culminó en la obra *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854-1855) que, a su vez, estaba inspirada en los proyectos inglés: *Heads of the people* (1838-1840), francés: *Les français peints par eux-mêmes* (1839-1842) y español: *Los españoles pintados por sí mismos* (1842-1844).

del *cientismo*. La propuesta que Charles Darwin (1809-1882) desarrolla en *El origen de las especies* (1859) sirve como ejemplo para entender el ejercicio científico de aducir pruebas (observación, comparación, clasificación) para tratar el objeto de estudio (evolución de las especies) y llegar a una interpretación de tipo progresiva (transformismo biológico). Dichos planteamientos también prevalecen en el pensamiento social, como el *positivismo*, que pone el progreso como idea rectora del desarrollo del orden (A. Comte) y el *evolucionismo*, que ve el progreso como un impulso necesario (H. Spencer). De tal forma, en el siglo XIX se tuvo un gran optimismo en la ciencia al suponer que los problemas de la humanidad serían resueltos apelando a ella. Sin embargo, varias generaciones después fue claro que hubo cierta arrogancia por parte de aquellos ilustrados en cuanto a concebir y utilizar tal progreso, lo cual derivó en excesos cuyas consecuencias apenas empezamos a padecer (contaminación de espacios naturales, depredación de especies animales y vegetales, sobrepoblación y hacinamiento, etc.). Como se mostrará, esos excesos ya los advertía nuestro personaje.

El *romanticismo* fue otro movimiento que influyó en aquellas generaciones de mexicanos. Una de las exaltaciones más socorridas fue la representación de las experiencias nacionales. En el mundo romántico prevalecen características como el optimismo (convicción por la racionalidad y perfección), el providencialismo (la Historia como un proyecto divino) y el tradicionalismo (apelar y exaltar las instituciones fundamentales según elementos tradicionales). En suma, el interés por rescatar la esencia, el espíritu, lo singular que distingue a un pueblo, a una nación, a un estado. En México, al iniciarse el movimiento independentista, y aun en las décadas posteriores, el canon romántico con su respectiva «atmósfera» se complementará con las aspiraciones políticas, ideología y costumbres de la época. La poesía de José María Heredia (1803-1839) suele ser señalada como el inicio de dicha tendencia que desplazó al neoclasicismo. Así, durante las décadas de 1830 a 1850 tal influencia arribó y se dejó sentir con fuerza en el país, en especial a través de la herencia española, a partir de la cual en el campo literario se desarrollaron postulados dirigidos a representar una *mexicanidad* (Pérez 2005, 24-25, 265 y ss).⁶

Centrando los argumentos en un estilo de escritura, el *romanticismo literario mexicano* tuvo su auge entre 1836 y 1867,⁷ años de la fundación de la Academia de Letrán y la restauración republicana, respectivamente, y respondió a las condiciones políticas e ideológicas por las cuales atravesó la nación en dicho lapso. Así, la patria y su destino, la constitución de una identidad y conciencia nacionales, la formación de agrupaciones e institutos científico-literarios, la edición de publicaciones periódicas y un estilo narrativo cuya aspiración era el «descubrimiento» de lo *mexicano* (lo popular, la problemática social, el rescate de tradiciones, abonar por una vida institucional), son algunas de las características del movimiento (Martínez 2004, 722--731; Illades 2005, 21--22).

III

En el ambiente y época descritos, el doctor González comienza con su múltiple actividad científica y académica: estudia las enfermedades y epidemias que afectan a la capital neoleonesa y otros puntos de la entidad; encuentra, organiza y publica documentos relativos a la historia colonial; escribe pequeños textos, recita opúsculos y discursos que dirige a los estudiantes del Colegio Civil de Monterrey (1859) cada verano. Además, ocupa puestos públicos estratégicos (gobernador interino) (Espinosa 2010, 74--91). En la educación, la medicina y la historia Eleuterio González muestra una preocupación por conciliar las aspiraciones mundanas (liberalismo) con los ideales sacros (catolicismo). De ahí se decanta un discurso ecléctico y moderado, por lo que es común encontrar propuestas emanadas de las ideas liberales (progreso, laicismo, desarrollo), así como pedimentos cristianos (creer en Dios, cultivar los sacramentos).

Existen indicios en los discursos y opúsculos de este ilustrado —como el relativo a la ciencia, sus adelantos y su respectivo uso—, para resolver los problemas de entonces. Es conveniente tener claro qué significado le daba José Eleuterio González a la ciencia, así como saber para qué podía ser útil al oficio que practicaba, a las problemáticas de su entorno y al devenir de aquel país. La ciencia, su desarrollo, su uso y su difusión fueron objeto de reflexiones y disertaciones constantes. Un ejemplo de ello es su *Himno a la ciencia*.

7. La revaloración de lo *mexicano* dentro del romanticismo después de 1867 siguió teniendo cierta vigencia entre la clase ilustrada. Así lo atestiguan proyectos como el de Ignacio Manuel Altamirano (*El Renacimiento*, 1869), ciertas obras de Guillermo Prieto (*Romancero nacional*, 1885), así como el *México a través de los siglos* (1884-1889). Con la salvedad anterior, es necesario decir que al restaurarse la República otras tendencias de pensamiento comenzarán a imponerse en la esfera pública y el ámbito académico nacional, como fue el caso del positivismo, cuya vigencia llegará hasta 1910. La conclusión anterior se encuentra en la obra de connotados historiadores: L. Zea, *El positivismo en México*, 1943-1944; M. González, *Sociología e historia*, 1970; A. Villegas, *Positivismismo y porfirismo*, 1972; W. Raat, 1972; Ch. Hale, *The transformation of liberalism in late nineteenth-century Mexico*, 1989; E. J. Palti, *La invención de una legitimidad*, 2005.

[Coro]

¡Bellas Ninfas, venid y los triunfos
De la ciencia sublime ensalza,
Y con dulces y armónicas voces
Vuestro noble entusiasmo expresad!

[1a]

Es la ciencia fulgente destello,
Que el Criador de su faz desprendió,
Más hermoso, más claro y radiante
Que la luz que á los astros vistió:
Pues la luz, á su vez, fué vencida
Por la noche que al mundo cubrió;
Y á la ciencia inmortal y gloriosa
La ignorancia jamás ofuscó.

[Coro ¡Bellas Ninfas...]

[2a]

De la ciencia el poder es tan grande
Como el mundo no tiene otro igual;
Y si lucha con bárbaras huestes
En reñida batalla campal;
Las quebranta, las rompe y destroza,
O ya esquivada su empuje fatal,
Y con arte encadena y sujeta,
Si ella quiere, su furia brutal.

[Coro ¡Bellas Ninfas...]

[3a]

Es la ciencia el más rico tesoro
Que nos dio de la vida el autor;
Ni la fúlgida plata le iguala,
Ni las obras de insigne primor,
Ni las joyas preciosas del Asia,
Ni del oro el brillante esplendor,
Ni hay riqueza en el orbe que pueda
Compararse a su inmenso valor.

[Coro ;Bellas Ninfas...]

8. AGENL, *Periódico Oficial*, t. XIX,
núm. 84, 1885.

[4a]

Es hermosa y amable la ciencia,
Y se ve con sus gracias brillar,
Más aún que la misma belleza,
De su grande fulgor á pesar:
Pues cada año que pasa desluce
La belleza gentil sin cesar,
Y el continuo correr de los siglos
Nuevo brillo al saber viene á dar.

[Coro ;Bellas Ninfas...]

[5a]

¡Alma ciencia! ¿á tu aspecto grandioso,
Que á la misma hermosura venció,
Y á la luz y á la fuerza, y al oro,
Quien jamás sin rendirse quedó?
Tu poder, que á los pueblos incultos
En dichosos y sabios tornó,
Feliz haga á mi patria querida
Pues tu númen también adoró.

[Coro ;Bellas Ninfas...]⁸

Esta oda formó parte de los festejos desarrollados en la ceremonia de premiación en el Colegio Civil el 2 de agosto de 1862. Por lo general, en dichos eventos era el doctor González quien fungía como orador. Los temas a los que más recurría eran propiamente los de carácter cívico que –según pensaba– debían conocer todos para llegar a ser ciudadanos, así como la idea de civilizar y modernizar a través de la ciencia y sus logros. Este último aspecto es el que manifiesta en los versos presentados.

Su labor magisterial en el Colegio Civil de Monterrey representó un esfuerzo de genuina preocupación liberal. Proyectado por Santiago Vidaurri (1809-1867) en momentos en que fungió como hombre fuerte de Nuevo León (1855-1864) cuya influencia irradió al entorno regional, la institución apeló al carácter laico

9. AGENL, Sección: Salud, Asunto: Hospital González, Año: 1824-1893, Caja: 1, 27 de diciembre de 1864 y 1 de enero de 1865.

10. Ríos señala que fue entre los años de 1826 y 1844 cuando se dan los primeros pasos hacia esa transición que culminará con una propuesta de educación de carácter civil y espíritu liberal.

11. Algunos ejemplos fueron: el Colegio del Estado de Puebla (1825), el Instituto Literario de Toluca (1833), el Ateneo Fuente de Saltillo (1867), el Instituto del Estado de Jalisco (1827), el Instituto Campechano (1860), el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca (1826), el Instituto Literario de Zacatecas (1832) o el Instituto Literario de Yucatán (1867). Las fechas varían según distintos estudios y autores. La intención es advertir que a partir de la década de 1820 dicha proyección institucional se vuelve una constante en varias entidades del país. El proyecto de El Colegio Civil de Monterrey iniciado en 1859 –en el cual el doctor González participó de manera decisiva– se encuentra en esa línea.

y secular de la época. Otro proyecto del mismo régimen en el cual participó activamente fue *La Revista de Nuevo León-Coahuila* (1863-1864). De igual forma, recibió por parte de Maximiliano de Habsburgo la condecoración como *Oficial de la Orden Imperial de Guadalupe*. Carlos Pérez-Maldonado reproduce las palabras que el emperador austriaco y Juan Nepomuceno Almonte –Ministro de la Casa Imperial– le dirigieron a nuestro personaje para tal distinción: «Maximiliano, Emperador de México. Queriendo dar una prueba de nuestra benevolencia a don José Eleuterio González, catedrático de Medicina del Colegio de Monterrey, le nombramos Oficial de la Orden Imperial de Guadalupe. Dado en el Palacio Nacional de México, el 12 de diciembre de 1865». (Pérez-Maldonado 1963, 93). Asimismo, proyectó el Hospital Civil de Monterrey (1860) y ante la indiferencia de las autoridades locales para solventarlo, el médico apeló a la autoridad monárquica pidiéndole fondos para dicha institución.⁹ Los sucesos mencionados tienen relevancia ya que muestran al doctor González desde un punto de vista político-ideológico, no como doctrinario sino pragmático.

La instauración de un Estado moderno en el siglo XIX llevó consigo una aspiración laicista. Desde la filosofía política, el laicismo se define a partir de las actividades «legítimas» –es decir, que no obstaculicen, destruyan o imposibiliten a las demás–, debía desarrollarse a partir de reglas propias para conseguir sus fines y mantener sus intereses. La historiografía que ha estudiado el periodo, empero, reduce el concepto laico a las disputas entre la Iglesia y el Estado (entonces supuestamente comprometido con las tesis liberales).

En este contexto, resultó una constante que a lo largo de dicha centuria en México proliferaran instituciones académicas y educativas inspiradas en el laicismo político, el progresismo intelectual y un particular apego al federalismo, todo ello dirigido hacia la autonomía del ejercicio (Ríos 1992, 143 y ss).¹⁰ Por lo que concierne al ámbito académico, fue una constante que desde el inicio del siglo se diera la apertura de colegios, academias e institutos en donde se impartieron –o en su caso, se reformaban a partir de sus antecedentes con los seminarios coloniales– cátedras y planes de estudio a partir de las ideas ilustradas y científicas imperantes.¹¹ El triunfo liberal de 1867 institucionalizó dicho proceso. Se trató de un momento en el cual el carácter civil y espíritu liberal, por

lo general tomando las ideas entonces consideradas de avanzada, empezaban a imponerse en el ámbito académico en distintas localidades del país.

El citado *Himno a la ciencia* trae consigo ese influjo. Ahí la ciencia es entusiasmo y ánimo, destello y creación, es inmortal y gloriosa, es, en fin, el mayor de los tesoros cuyo valor es inmensurable. A ella apela para atacar y resolver la ignorancia, la barbarie, lo inculto, lo incivilizado, problemas todos que aquejan a la sociedad de su tiempo. Y aquí aparece la distinción del médico: su inspiración cristiana; si bien promueve el progreso, el avance y el orden que la ciencia es capaz de dar, esto no causa conflicto alguno con su fe, ya que considera que incluso la misma ciencia es algo que «el autor» —es decir, Dios— le otorga al hombre. Nuestro personaje convive con las ventajas de lo mundano y con sus principios religiosos.

Este matiz se deja ver en varios escritos donde el médico trata el tema de la espiritualidad. Era ésa una cuestión elemental, básica, la cual antecedía a cualquier otra actividad, oficio o disciplina. A propósito, en algún momento afirmó: «la religión es la primera de las necesidades de un pueblo, porque habiendo ella sabido hacer de la caridad un precepto y una obligación de la templanza, mantiene a los hombres enlazados con los estrechos vínculos de la justicia y de la recíproca utilidad» (González 1885-1887, t 1, 63).¹² En términos de una concepción política y postura ideológica, podría ubicarse la premisa de nuestro personaje como propia de un *humanismo político*, pues considera como fundamento de toda acción la naturaleza humana.

Si bien se trató de una época de aspiraciones científicas (observar, medir, clasificar, organizar) realizadas por el propio González en sus estudios empíricos, el médico no abandona ni renuncia a la moral y ética religiosa emanada del cristianismo. Pero existe algo más: a diferencia de algunos contemporáneos suyos, como Manuel Altamirano o Ignacio Ramírez, González no disimula su fe cristiana ni le causa conflicto al plantear preceptos científicos y laicos (Brading 1997, 126--155).¹³ Estamos ante la postura de un *liberal católico*. Las preocupaciones científicas y los anhelos nacionalistas de algunos ilustrados decimonónicos mexicanos, les hacían llegar a la conclusión de que debían complementarse con lo religioso para sustentar sus posicionamientos. De hecho,

12. En el prólogo al primer tomo de *Obras completas*, Hermenegildo Maldonado, abogado egresado del Colegio Civil de Monterrey, y entonces editor del *Periódico oficial*, hacía la siguiente ponderación: «Cada uno de estos discursos que han sido pronunciados por el Doctor González en las diversas festividades públicas con que el estado ha celebrado los adelantos de su juventud, en las instituciones de educación secundaria y profesional que él sostiene, puede considerarse como un capítulo separado de una obra cuyo pensamiento principal fue encarecer la importancia de las ciencias sociales, demostrar la influencia que ellas ejercen en el progreso de la humanidad y las obligaciones que tienen que cumplir aquellos que se dediquen a su estudio y cultivo». Ha sido este primer tomo el único que se ha vuelto a editar en 1901 a cargo del Gobierno del Estado.

13. Brading señala cómo ambos personajes desarrollaron a partir de un «patriotismo liberal» un «radicalismo público» que apelaba a la «acción política» para salvar a la nación, siendo necesario incluso sacrificar las «preocupaciones privadas» como la práctica de la fe católica.

14. El caso de Manuel Payno (1820-1894), «liberal moderado», apunta a dicha convicción: aspirar a la civilización, al progreso y ser patriota, sin menospreciar los valores religiosos.

15. Archivo Méndez Plancarte, «Material del Dr. Gonzalitos», Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra, Tecnológico de Monterrey, caja 11, foja 114. El título del manuscrito señala: «Resumen, ó breve compendio de todas las heregías, que se han levantado en la Yglesia Católica, Apostólica Romana, desde su cuna, ó primer siglo de la era cristiana, hasta el precente siglo 19, en que Dios es conocido ya casi por todas las naciones del mundo». Pese a que carece de firma y fecha, se deduce que es obra del personaje, tanto por las ideas expresadas como por el estilo de escritura.

la educación que varios de ellos recibieron fue ecléctica en ese sentido (Córdoba 2006, 21--63).¹⁴

En un manuscrito todavía inédito, nuestro personaje desarrolló el tema de las herejías que se han suscitado aparejadas a la religión de Jesucristo, desde sus inicios hasta el siglo XVIII. Cuando cita a un ilustrado como Voltaire respecto a su noción racional del Hombre –ante todo como un ente material organizado y libre de preceptos espirituales o religiosos–, el doctor González lo expone como una muestra de los excesos de algunos promotores de dicho movimiento.

Al negar aquellos ilustrados su propia herencia cristiana como la más profunda y acabada forma de anticipación de sentido, el médico opta por ofrecer una postura mucho más moderada por lo que toca a la definición de la especie humana: «Ciertamente que el género humano no puede quedar agradecido del origen que este impío [Voltaire] le da. Compárese con el que le da la religión de criatura de Dios, y heredero del cielo, á un aborto de la naturaleza y se verá luego lo absurdo del sistema impío».¹⁵

En realidad, José Eleuterio González apela a los cimientos de la civilización, que en Occidente se encuentran en el cristianismo, a partir de lo cual fue posible desarrollar un campo científico con distintas disciplinas, no sin experimentar un proceso bastante dilatado pero constante de secularización. Pareciera ambigua –a primera vista– la posición de este ilustrado que, en su afán de una práctica empírica, convoca a lo racional y sistemático. Sin embargo, y aun siendo aparentemente paradójico, ante las vicisitudes y problemáticas del siglo XIX que condicionaban la propia existencia nacional, la fe cristiana, en especial la católica, difundida y practicada entre la mayoría de los mexicanos, formó parte del proyecto para elaborar un discurso integral del Estado mexicano.

Trabajos recientes han estudiado las estrategias que la Iglesia católica mexicana debió desarrollar para adaptarse a las nuevas condiciones constitucionales del país, en especial durante el periodo posterior a la restauración republicana. Así, en un momento en que la clase política imponía proyectos dirigidos a la secularización educativa (como fueron los casos de Institutos y Colegios ya señalados), la jerarquía católica en México llamó a sus fieles (laicos) a incorporarse a ciertas actividades (la educación, por

ejemplo). Preocupada de que esa propuesta educativa olvidara valores considerados imprescindibles para la convivencia en sociedad (justicia, honor, misericordia), la Iglesia católica echó mano de los laicos (amas de casa y en no pocos casos profesionistas) (O'Dogherty 2009, 380--384). La postura que como educador tuvo Eleuterio González lo muestra como parte de dicho reacomodo, pero sobre todo, como un laico que entendió la *función social* que cumple la religión.

Por otra parte, su actividad intelectual y académica se suscitó por ciertas coyunturas. Al combinar la atención entre quienes padecían las epidemias desatadas en ese momento, el estudio de las enfermedades o patologías y la labor pedagógica en la formación de los futuros médicos y farmacéuticos, José Eleuterio González logró dar vida a un oportuno y variado corpus donde trataba temas como la anatomía, la clínica, patologías, la taxonomía, higiene pública y moral médica. Asimismo, los escasos recursos económicos con que contaba el Colegio Civil durante sus primeros lustros impactaron su desempeño y administración. Dicha precariedad, reconocida por los propios gobernantes, así como a la dificultad por parte de los alumnos por contar con el material bibliográfico, obligó a que el médico escribiera y presentara algunos opúsculos.

Los títulos que escribiera y presentara a partir de 1860 en este recinto académico, en general poseían una estructura y composición breves. Además, se percibía –y el propio médico lo advierte en el primero de esos títulos– que la mayor parte de lo publicado y expuesto eran datos e información tomados de otros autores. Casi siempre se trataba de extranjeros quienes eran vistos como verdaderos especialistas, por lo que el propio José Eleuterio González los consideraba como elementales, libros imprescindibles para los alumnos que mostraban interés por la ciencia médica.¹⁶

En este ámbito y bajo las circunstancias mencionadas, el doctor González escribió: *Tratado elemental de anatomía general* (1863), *Leciones orales de cronología* (1869), *Algunos preceptos útiles, que pueden servir al estudio de la clínica* (1870), *Lecciones de anatomía topográfica* (1875), *Lecciones orales de moral médica* (1878), *Lecciones orales de materia médica y terapéutica* (1881) y *Un discurso y un catálogo sobre plantas clasificadas: La flora de Nuevo-León* (1881).

Es justo en su actividad como médico donde aparece un punto que llama la atención y vale la pena sopesar en los trabajos de José

16. González, *Tratado elemental de anatomía general*, Prólogo. Aquí el doctor González argumenta lo siguiente: «No pretendo pasar por autor, ni escribo para los profesores; sino para mis alumnos. Por una imperiosa necesidad, viendo que no era posible adquirir los libros necesarios para enseñar la Anatomía general, me decidí á redactar este pequeño tratado, únicamente porque mis discípulos no perdieran el año. He tomado los materiales de los autores que he podido haber á las manos: no hago mención de ellos á cada paso, por no multiplicar las citas y hacer molesta la lectura de este cuaderno: y lo haré solamente cuando cite testualmente algun pasaje. Nada cuanto hay en esta obrilla es mio, todo lo he sacado de lo que he leído y muchas cosas acaso ya ni sé en donde las he visto. [...] La redacción tan solamente es mia, y aunque algunos tal vez dirán que es mala, esto no me inquieta, porque es cosa que yo tenía ya bien sabida. Además, que no escribo con el objeto de lucir, no creo que este opúsculo salga del pequeñísimo círculo de los estudiantes de anatomía del Colegio Civil de esta ciudad».

17. En la edición facsimilar de 1976 preparada por el sacerdote e historiador Aureliano Tapia (1931-2011) aparece como Apéndice. Tapia fue uno de los que más se ocupó de estudiar y recuperar la obra del doctor González.

Eleuterio González: su apego a una labor científica sin renunciar a los valores católicos. Y es que pese a ser un ilustrado que se encontraba al tanto de los adelantos y progresos de la ciencia, siempre tuvo presente su fe. Muestra de que mantuvo una visión cristiana en el ámbito de la práctica científica, es el hecho de que enseñó a sus alumnos sobre el «bautismo de necesidad».

Bautismo no solemne, ó de necesidad es el que se administra fuera del Templo, con el agua natural y por una persona cualquiera. Este bautismo no debe usarse sino en el caso de necesidad; y hacerlo sin ella es pecado, porque se falta á una prevención expresa de la Santa Iglesia. Caso de necesidad es aquel en que hay motivo fundado para temer que una persona no bautizada muera ántes de que sea posible administrarle el bautismo solemne; v. g. un niño que en un parto laborioso pueda morir ántes de que acabe de nacer, que nace agonizante, ó que tiene alguna enfermedad que pueda matarlo ántes de que sea posible llevarlo al Templo (González [1878] 1976, 63).¹⁷

Si bien queda clara su vocación científica, cuya base es la observación y la experiencia, también entiende la necesidad de evitar algunos excesos propiciados por la arrogancia de la modernidad y el progreso. Una forma de hacerlo es tomar elementos morales y éticos del cristianismo, los cuales consideraba tan importantes para su magisterio como los de la ciencia. En este caso, González planteaba la necesidad de que los futuros médicos, además de conocer las técnicas más avanzadas de la disciplina, tuvieran presentes ciertos aspectos espirituales. El objetivo era lograr un equilibrio tanto en lo social como en lo espiritual.

Asimismo, la analogía de lograr y mantener la estabilidad del cuerpo social en el México de entonces era tomada de la salud que debía tener y preservar el cuerpo humano. Los médicos, como vemos, encabezaron los esfuerzos por llevar a cabo dicha tarea que, durante esas décadas y debido a las condiciones de descomposición política que privaron en el país, trasladaron dicho ejercicio al *cuerpo social*. Además de atender las enfermedades –físicas o mentales– de las personas, de igual modo debían ser resueltas

las *patologías sociales y morales*, la mayoría, se pensaba, tenían que ver con la instrucción y educación de la gente o con el adecuado manejo de la política por parte de los gobernantes.

Un ejemplo de ello lo encontramos en el reglamento interno del Colegio Civil. Se hizo público en 1869 –diez años después de iniciar actividades– y planteaba lo siguiente: «El objeto del Colegio es la educación secundaria y profesional de sus alumnos, y como sin buena moral no hay educación, ni se puede ejercer debidamente ninguna profesión, el primer cuidado de todos los empleados y catedráticos debe ser que los alumnos adquieran buenas costumbres» (AHM, vol. 10).

Ese es un rasgo del tipo de educación que se aspiraba a impartir en la época; no sólo se debía dotar de conocimientos prácticos a los futuros profesionistas, también se creía necesario formar individuos con principios, compromiso y valores. De relevancia es que muchos de esos principios y valores («buena moral») promovidos por instituciones de enseñanza que se presentaban como laicas y se basaban en preceptos científicos, tenían su inspiración en un catolicismo que tomaba tanto elementos de la religión como actitudes de una *cultura política mexicana*.¹⁸ De tal manera, resultaba imperativo que el individuo, como creyente que asume y practica los principios y valores propios del dogma católico, de igual forma como ciudadano cumpliera los dictados constitucionales vigentes. Se trató de una educación planteada en un sentido integral, cuya meta era un proyecto de ciudadanización que apelaba a una *sacralización* del ámbito civil.¹⁹

Por otra parte, en su faceta de historiador, José Eleuterio González también muestra cierta mesura al rescatar y representar el pasado novohispano de esta región, para entonces ya fronteriza. Esta labor se inició con la publicación de su primer libro de historia estatal, *Colección de noticias y documentos para la historia del Estado de Nuevo León*,²⁰ en una fecha emblemática para México: 1867. El liberalismo se impone y adopta la filosofía pedagógica emanada del positivismo para reconstruir y reorganizar a la nación. La supervivencia del estado-nación se encuentra como la mayor de las prioridades, lo cual radicalizaría los distintos bandos en pugna. Ya en años del Porfiriato aparecerán un par de títulos más en donde Eleuterio González presenta la historia de la entidad y la región: *Apuntes para la historia eclesiástica de las provincias que*

18. Por ejemplo, restablecer jerarquías, reactivar compromisos o el reconocimiento a la autoridad, fueron preocupaciones de aquellos liberales mexicanos. Aspectos que, de hecho, se fraguaron e instauraron durante el periodo colonial. Cabría preguntar qué tanto de eso todavía define nuestras actitudes.

19. Para explicar semejante paradoja, pensemos en cierto tipo de literatura de aquella centuria: los catecismos políticos. Mediante dichos artefactos literarios se promovieron preceptos liberales (ciudadanía, federalismo, república, etc.) entre los mexicanos cuya metodología (formato de pregunta-respuesta) fue tomada del ámbito religioso.

20. De esta publicación se comentó: «Se ha hecho una esmerada impresión de esta preciosa obra, para cuya recomendación basta decir que su autor es el C. Dr. José Eleuterio González, muy conocido ya por su buen gusto, pureza de estilo, corrección y demás buenas cualidades de un escritor. En aquella obra puso todo su celo y laboriosidad bien conocidos; y al emprenderla, no pasó desapercibido de su buen juicio, como el Estado de Nuevo-León, fue teatro también de la guerra de Independencia; su historia debería tener forzosamente relación con la de México: así es que sobre este particular, nada ha omitido, pues ha puesto en claro, con una perspicacia digna de elogio, varios de los puntos históricos que Alamán y Bustamante, no comprobaron por falta de documentos». AGENL, *Periódico oficial*, No. 3, Tomo III, sábado, 1 de agosto de 1868.

formaron el obispado de Linares, desde su primer origen hasta que se fijó definitivamente la silla episcopal en Monterrey (1877) y Lecciones orales de historia de Nuevo León (1881).

Si los textos mencionados presentan como hilo conductor la preocupación por rescatar, preservar y divulgar la experiencia novohispana de la entidad y de su región, lo anterior cobra relevancia si se toma en cuenta que incluso otros liberales contemporáneos al médico e historiador (M. Altamirano, I. Ramírez) veían en las tres centurias de gobierno colonial una historia que era mejor negar, o de plano destruir. Dirían los «radicales» que nada de esa etapa histórica valdría la pena rescatar y preservar; el yugo del extranjero y su dominio por tres centurias debían desaparecer de la «memoria nacional». Al redefinirse el *patriotismo liberal* durante la República Restaurada, sus ideólogos se decían herederos de la insurgencia de 1810 (incluso de los ideales emanados de la Revolución francesa y su modelo universal de República) (Brading 2004, 139). De nuevo, nuestro personaje, pese a ser liberal, se desmarca de tal radicalismo y pondera la historia colonial como el inicio de la nación mexicana. En tal sentido, la lectura y revalorización de la etapa virreinal elaborada por José Eleuterio González es próxima a la de Vicente Riva Palacio (la Conquista como el inicio del *destino histórico* de México: la República), quien también estudió dicho periodo (Riva 1889, VIII). Dicha experiencia, presentada como *horizonte*, como tradición, de un modo u otro, nos afecta y nos define, y eso lo sabía nuestro personaje.

Muestra la aculturación de la que se valieron los recién llegados (europeos acompañados de colonos indígenas), a quienes culpa por la suerte de los nativos, pero también encuentra en el actuar de ciertos conquistadores y colonizadores (milicia, Iglesia), un ejercicio de redención gracias a su actividad de apostolado («civilizar» aquellas lejanas tierras del virreinato).

Se trata precisamente de los hombres de la Iglesia quienes, mientras otros atormentaban, desplazaban, cazaban, vendían o aniquilaban al indígena, debían llevar a cabo la conquista espiritual en los territorios ocupados. Y habrían sido los sacerdotes los que llevaron a cabo la ardua labor de pacificar a las naciones indígenas mediante la enseñanza del cristianismo. El doctor González consideró esto estratégico por su aportación a la historia del Nuevo Reino de León y las Provincias Orientales, y tanto

que una de sus obras de historia la dedica a la instauración del cristianismo en la región.

Continuamente andaban los misioneros de congrega en congrega visitándolas: llegaban á una, reunian los indios en el campo, les predictaban, les decian misa, les enseñaban algo de la doctrina cristiana, les administraban los sacramentos á los que los necesitaban; y se iban á hacer lo mismo á otra. Si en su camino se encontraban algunos indios gentiles, ó sabian que estaban cerca, hacian cuanto podian por catequizarlos y traerlos de paz. En uno de estos evangelicos viajes sucedió el siguiente caso: salió del convento el padre Fray Martin Altamirano y á poco de andar se encontró con una partida de indios gentiles de muy mala índole, quiso convertirlos y comenzó á hablarles, exhortándolos á recibir la ley de Dios; pero ellos en vez de escuchar sus palabras le echaron mano, lo llevaron al ojo de agua de la pastora, que está al pie del cerro de la Silla, lo ataron á un árbol, despues de desnudarlo, lo mataron a flechazos, le cortaron muchos pedazos de carne, los asaron y se los comieron: un indio cristiano que supo este lamentable caso, vino á dar aviso, salieron algunos vecinos armados á buscarlo, lo hallaron horriblemente mutilado, lo trajeron; y fué enterrado en la Iglesia de San Francisco. Yo me acuerdo de haber visto, en la porteria del convento de San Francisco en San Luis Potosí, un cuadro antiguo que representaba el martirio de este bendito religioso (González 1885-1887, 241--242).

Dicha labor misionera, como vemos, también fue afectada por los resabios de una sangrienta y prolongada lucha. Habrían sido ellos quienes llevaron la «divina misericordia» y la «brillante luz del evangelio» de la religión de Cristo a esos seres que se encontraban en las «tinieblas de la ignorancia». El doctor González estaba convencido de que los indios debían ser encauzados hacia la «verdadera fe»; eso «compensaba» el haberlos despojado de su cultura. Como nos lo hace saber, sobrevino una guerra atroz, en

la cual los nativos más reacios a la ocupación respondieron con la misma violencia que recibían. Ciertamente es que, interesado en el rescate de fuentes, reconoce la labor de los conquistadores espirituales en ese sentido, pero en su lectura es incapaz de advertir la «tarea política» (imponer orden y control en los territorios americanos) que realizaban para la Corona. En todo caso, José Eleuterio González ve en el actuar de quienes hicieron la conquista espiritual en las mencionadas provincias orientales, un intento por transformar y organizar a las entidades que la conformaban.

El caso de la capital del Nuevo Reino de León reclamó este interés. Un pasaje expuesto en los *Apuntes para la historia eclesiástica* puede servir de ejemplo del lugar que esos hombres –que enfrentaron innumerables obstáculos, arriesgando incluso su propia vida–, tuvieron en la historia. Ya el mismo doctor González rescataba para la memoria las contribuciones llevadas a cabo por las misiones y los apóstoles de la Iglesia para el desarrollo y progreso de la región. Uno de esos reconocimientos responde al proyecto que desarrollaron en el Seminario Conciliar de Monterrey, donde fue crucial el actuar y visión de un personaje como Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés.

En los años siguientes [a 1792] se concluyó del todo. Tuvo las licencias necesarias para construir una Catedral y fundar un Hospital, un convento de Capuchinas, un Colegio de propaganda fide, como el de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, un colegio seminario. Trajo también un arquitecto francés llamado D. Juan Crouset para hacer las obras necesarias. Comenzó por establecer primero el Seminario, y luego siguió dando principio a un tiempo a las tres obras del Hospital, convento de Capuchinas y Catedral, dejando la erección del Colegio de propaganda fide para hacerla después en Boca de Leones. Estas obras las situó al lado del Norte de la Ciudad, un poco distante de la parte poblada, con la mira de que la Ciudad se extendiera para aquel lado, y llegara de este modo a ser el centro de la población el punto en que comenzó su iglesia (González 1885-1887, 337).

Según lo expone el doctor González, por aquel momento la construcción y funcionamiento de una institución formativa como el Seminario, era parte sustancial de un escenario urbano que se proyectaba para la capital nuevoleonese. Si bien se trataba de una pequeña población que apenas llegaría a unos cinco mil habitantes, tal iniciativa demuestra la presencia e influencia de una institución como la Iglesia. El planteamiento del médico se dirige a estudiar y destacar la trascendencia de tal institución en rubros que aparentemente rebasarían su espacio de servicio a los fieles, ya que aspiraba a preparar jóvenes en algunos oficios. Trasladándose el personaje algunas décadas antes para reconstruir lo sucedido, expone la presencia e incidencia que la Iglesia tuvo en el devenir de la localidad en donde radicó, así como en esa zona del septentrión novohispano.

La actividad Eleuterio González en los planos de la educación, la medicina y la historia tuvo en común ponderar la cultura católica, que en México ha sido crucial para su conformación. No se trató de un intento por adoctrinar, sino de reconocer el influjo del catolicismo como una forma de tradición.

IV

Nos hemos interesado por las ideas (y las acciones) que un personaje connotado –al menos a nivel local– realizó durante la segunda mitad del siglo XIX. La razón principal es que justamente el pensamiento de aquellas élites intelectual y políticamente activas configuró, en su momento, el ambiente que propició proyectos encaminados a constituir y estabilizar el Estado nacional mexicano.

Como en la mayoría de los hombres públicos del siglo XIX, en José Eleuterio González se encuentran nociones de distintas corrientes y tendencias de pensamiento (liberalismo, romanticismo, cientismo). Al tratar parte de su obra, lo que persiste en la postura del médico es una conciliación, una intención honesta por lograr una *unidad de criterio* entre dos ámbitos que durante esos aciagos y turbulentos años de nuestra historia mantuvieron un choque frontal: lo religioso y lo secular, lo divino y lo mundano. Lo anterior es relevante si se toma en cuenta que todavía hoy permanece cierta polarización entre algunos miembros de la clase política, que frustra la conciliación y aun genera conflictos y enfrentamientos.

Eleuterio González desarrolló proyectos institucionales de índole académica (Colegio Civil) y dirigidos a atender la salud pública e higiene en un entorno que se perfilaba urbano (Hospital Civil, investigación sobre padecimientos y epidemias, trabajos estadísticos sobre la región), los cuales tuvieron un oportuno y decidido impulso por parte de gobiernos locales (S. Vidaurri) originados al calor de las disputas políticas. Más allá de pretender ubicarlo en algún bando, lo que llama la atención en el actuar del doctor González es que lo hizo por igual en circunstancias que implicaron oposición y ruptura desde un punto de vista político e ideológico (hegemonía de Vidaurri, Segundo Imperio), así como en momentos de relativa estabilidad (República Restaurada, Porfiriato). Puede decirse que no fue un doctrinario que defendió a capa y espada alguna causa política (actitud muy común en aquel tiempo), sino que se trató de un hombre pragmático que abonó por mejorar las condiciones materiales y espirituales de sus contemporáneos.

Quizá por ello, en su propuesta de historia, hay rasgos que apuntan a dotarla de un carácter científico y objetivo, y también aparecen aspectos como el de apelar a una tradición (la experiencia colonial), una marcada preocupación ética respecto a la utilidad de estudiar el pasado para difundirlo entre las nuevas generaciones (proyecto de ciudadanización), así como un rescate de ciertos valores de la fe que profesaba (liberal católico). Por lo que corresponde a la práctica médica, estamos ante un individuo convencido de que los adelantos científicos pueden resolver ciertos problemas (salud pública, educación), pero que al propio tiempo señaló los eventuales excesos del progreso (olvido de lo espiritual, marginación de ciertos grupos). En el plano de la educación, entendió la necesidad de difundir ciertos valores del catolicismo, a la par del conocimiento, con la intención de formar personas íntegras. Puede advertirse que su obra y sus ideas derivaron en un intento de *sacralización cívica*, donde lo mundano (progreso, modernidad, ciencia) y lo sagrado (ética cristiana, «moral laica») se complementan con la intención de mejorar las condiciones de su entorno inmediato, así como de abonar a la constitución del Estado nacional.

Tal como lo sugiere el epígrafe de matiz romántico de Sanz del Río, el hombre está compuesto por una serie de elementos heterogéneos. En dicha especie confluyen tanto lo natural como

lo social, lo cual crea tensiones, paradojas y contradicciones. Tensiones que durante el siglo XIX en México provocaron enfrentamientos que en no pocas ocasiones culminaron en sangrientas confrontaciones. En ese *siglo de caudillos* –para utilizar el término de Enrique Krauze–, todos –caudillos o no– tuvieron un credo que la historiografía tradicional suele reducir a un par de opciones: liberal o conservador. Al acercarnos un poco a las ideas de José Eleuterio González encontramos a un individuo que logró una *unidad de criterio* en cuanto a preceptos y aspiraciones de uno y otro bando. El doctor González entendió que para ir en búsqueda del conocimiento no es necesario empobrecer el ánimo.

REFERENCIAS

- AGENL (Archivo General de Estado de Nuevo León). 1868, 1885. *Periódico oficial del gobierno libre y soberano del estado de Nuevo León*, Monterrey.
- AHM (Archivo Histórico de Monterrey). Impresos II, Vol. 10.
- Anderson, Rodney D. 1983. *Guadalajara a la consumación de la Independencia: Estudio de su población según los padrones de 1821-1822*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco.
- Brading, David. 1997. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. 2 ed. México: Era.
- . 2004. *Mito y profecía en la historia de México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Córdoba Ramírez, Diana Irina. 2006. *Manuel Payno: Los derroteros de un liberal moderado*. Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Espinosa Martínez, Edgar Iván. 2010. *José Eleuterio González, historiador*. Colección Investigación Universitaria 5. Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.
- González, José Eleuterio. (1878) 1976. *Lecciones orales de moral médica*. Edición facsimilar. Monterrey: Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística.
- . 1885-1887. *Obras completas*. 3 vols. Monterrey: Imprenta de Gobierno.
- . S/f. *Resumen, ó breve compendio de todas las heregías, que se han levantado en la Yglesia Católica, Apostólica Romana, desde su cuna, ó primer siglo de la era cristiana, hasta el presente siglo 19, en que Dios es conocido ya casi por todas las naciones del mundo*. Archivo Méndez Plancarte, «Material del Dr. Gonzalitos», Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra, Tecnológico de Monterrey, caja 11, foja 114.
- . 1863. *Tratado elemental de anatomía general, escrito por el catedrático en anatomía José Eleuterio González para el uso del Colegio Civil de Monterrey*. Monterrey: Imprenta de Gobierno.
- González y González, Luis. 1997. *La ronda de las generaciones*. México: Editorial Clío.
- Hamnett, Brian R. 1990. *Raíces de la insurgencia en México: Historia regional, 1750-1824*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hale, Charles A. 2002. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Illades, Carlos. 2005. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Martínez, José Luis. 2004. «México en busca de su expresión». En *Historia General de México*. México: El Colegio de México.
- Morales Moreno, Humberto y William Fowler. 2002. «Génesis y evolución del pensamiento conservador en México durante el siglo XIX». En *El pensamiento conservador en México*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / International Gramsci Society / Plaza y Valdés.
- O'Dogherty, Laura. 2009. «La Iglesia católica frente al liberalismo». En *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. Tomo 1. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica.
- Palti, Elías José. 2005. *La invención de una legitimidad: Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX: (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pani, Erika. 2001. *Para mexicanizar el Segundo Imperio: El imaginario político de los imperialistas*. México: El Colegio de México / Instituto Mora.
- Pérez-Maldonado, Carlos. 1963. *Los Pérez-Maldonado: Genealogía y heráldica*. Monterrey: Imprenta El Regidor.
- Pérez Salas, María Esther. 2005. *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Ríos Zúñiga, Rosalina. 1992. «Educación y secularización: La problemática de los institutos literarios en el siglo XIX (1824-1857)». Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Riva Palacio, Vicente, dir. 1889. *México a través de los siglos: Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Tomo 2. México: Ballescá y Cía. Editores / Barcelona: Espasa y Cía. Editores.
- Sanz del Río, Julián. 1982. «Ideal de la humanidad». En *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. Tomo 1. Sinaloa: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Scholes, Walter Vinton. [1972] 2006. *Política mexicana durante el régimen de Juárez, 1855-1872*. México: Fondo de Cultura Económica.